



**Conferencia de las  
Naciones Unidas sobre  
Comercio y Desarrollo**

Distr.  
LIMITADA

TD/L.365  
12 de febrero de 2000

ESPAÑOL  
Original: INGLÉS

---

Décimo período de sesiones  
Bangkok, Tailandia  
12 a 19 de febrero de 2000

**DECLARACIÓN DEL SR. KOFI ANNAN,  
SECRETARIO GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS**

Es para mí un gran honor y una fuente de esperanza darles la bienvenida a la primera conferencia de las Naciones Unidas de este nuevo milenio.

Todos debemos sentirnos profundamente agradecidos al Gobierno y al pueblo de Tailandia por el maravilloso recibimiento de que nos han hecho objeto. Y no podemos por menos de considerar particularmente apropiado que la Conferencia se celebre en este país y en esta región. No hace falta recordar que fue aquí, hace apenas dos años y medio, donde empezó la última gran crisis financiera del milenio anterior, con la devaluación del baht tailandés. Durante un año o más, parecía que el Asia oriental, después de trazar el camino del éxito económico que habrían de seguir otras partes del mundo en desarrollo, fuera a convertirse en precursora de una nueva era de inestabilidad y empobrecimiento. Afortunadamente, esos temores resultaron ser muy desproporcionados. La economía mundial está creciendo de nuevo, y de ese crecimiento participan casi todas las regiones del mundo. Los países del Asia sudoriental, y Tailandia en particular, se encuentran en la vanguardia de la recuperación, y otras economías importantes que se habían visto gravemente afectadas por la crisis, como Rusia y el Brasil, están ya a todas luces

GE.00-70066 (S)

BKK.00-081 (S)

saliendo de ella. Y, una vez más, la recuperación está siendo impulsada claramente por las exportaciones. El comercio y el desarrollo están indisolublemente vinculados entre sí, como sugiere claramente el título de la presente Conferencia.

Hace menos de tres meses, señor Presidente, muchos de nosotros participamos en otra conferencia, la de Seattle. Creíamos que íbamos a asistir al lanzamiento de una nueva ronda de negociaciones comerciales, que esperábamos que se denominase Ronda del Desarrollo, porque habría de proporcionar finalmente a los países en desarrollo los beneficios de la liberalización del comercio que tantas veces se les habían anunciado.

Lamentablemente, la Ronda todavía no se ha puesto en marcha. Según el mito popular, su lanzamiento fue bloqueado por los pueblos del mundo unidos en las calles de Seattle para defender su derecho a ser diferentes, frente a un grupo de burócratas internacionales sin rostro que querían obligarlos a comer los mismos alimentos genéticamente modificados. En otras palabras, hubo una especie de insurrección mundial de las bases contra la mundialización, por paradójico que parezca.

Me temo que la verdad es más prosaica. Si no se inició la Ronda fue porque los gobiernos, en particular los de las principales Potencias económicas mundiales, no lograron ponerse de acuerdo sobre su orden de prioridades. Los países en desarrollo, ayudados por la UNCTAD, desempeñaron un papel más activo y unido que en anteriores conferencias, pero los países industrializados quedaron atrapados en controversias entre ellos mismos. Sus gobiernos son todos partidarios en principio del libre comercio, pero en muchos casos carecen de la fuerza política necesaria para enfrentarse en sus propios países a los intereses proteccionistas. Todavía no han conseguido explicar convincentemente a sus propios ciudadanos el interés de contar con un mercado mundial que beneficie a todos, y no sólo a unos pocos afortunados.

Las protestas callejeras fueron en cierta manera importantes, como expresión de las inquietudes que inspira a muchas personas la mundialización, por sus posibles efectos en el empleo y en las normas laborales, en el medio ambiente, en la salud pública, en los derechos humanos y en la diversidad cultural. Los gobiernos y el sector privado deben atender a esas inquietudes, dentro de cada país y en algunos casos también en el plano internacional. En muchas de esas esferas ya se ha llegado a acuerdos sobre valores universales y normas

comunes, como fruto de muchas conferencias y largas negociaciones. Lo que se necesita es que los Estados cumplan con sus obligaciones acordadas. Existen instituciones internacionales, las Naciones Unidas y sus organismos especializados, cuya finalidad es prestarles asistencia a ese respecto. Por supuesto, esas instituciones podrían desempeñar mejor su cometido si se les proporcionaran los recursos y el apoyo que requiere su mandato.

El desarrollo bien entendido entraña progresos en todas las esferas que preocupan a los manifestantes. Se considera que un país es desarrollado cuando sus ciudadanos gozan de una vida libre y saludable en un medio ambiente seguro. Y en un país en desarrollo que merezca esa denominación la sociedad civil debe poder reclamar no sólo el bienestar material sino también la mejora de la situación en materia de derechos humanos y de protección ambiental.

¿Es la globalización enemiga del desarrollo, en ese sentido general? Evidentemente no. Por supuesto, perjudica a determinados grupos, como cualquier cambio histórico de la sociedad humana. Y aquellos a los que más beneficia el proceso tienen no sólo la obligación de hacer más por aliviar la situación de esos damnificados, sino también un claro interés en hacerlo, pues de lo contrario se arriesgan a una reacción mundial que podría hacer que se le esfumaran todos sus beneficios.

Sin embargo, en el muy desigual mundo en que vivimos, los principales perdedores no son los que están demasiado expuestos a la mundialización, sino los que han quedado marginados del proceso. Como se decía en un reciente artículo del Financial Times, "en general, las sociedades y pueblos más pobres del mundo no han sido explotados por el sistema económico moderno, sino más bien excluidos casi totalmente de él".

Es esa exclusión, señor Presidente la que debe preocupar en particular a esta Conferencia. ¿Cómo y por qué se ha llegado a excluir a grandes partes del mundo de los beneficios de la mundialización?

Ello se debe en parte, efectivamente, a que el desarrollo resulta frenado por los obstáculos que oponen todavía los países industrializados a las exportaciones de los países en desarrollo. Tenía muchas cosas que decir sobre esto en Seattle, y lo hubiera hecho si los manifestantes me hubieran permitido pronunciar mi discurso. Pero en esta reunión apenas se necesita denunciar el proteccionismo de los países industrializados.

La mayoría de ustedes lo conocen ya demasiado bien.

Lo que es necesario subrayar aquí, en cambio, es la responsabilidad de los propios países en desarrollo, y en particular la de sus dirigentes. La posteridad juzgará a estos dirigentes, en mi opinión, sobre todo por lo que hayan hecho por alentar la integración de sus países en la economía mundial y asegurarse de que ésta beneficiará a toda la población.

Señor Presidente, no estoy aquí para dar lecciones de economía. Probablemente haya mil personas por lo menos en esta sala que sepan de economía más que yo. No pretendo conocer las respuestas. Pero, en mi opinión, éstas son algunas de las cuestiones que esta Conferencia debe examinar:

En primer lugar, ¿cómo puede garantizarse que más países puedan disfrutar de una recuperación inducida por las exportaciones y de que los beneficios del comercio se distribuyen de forma equitativa y amplia dentro de esos países? En otras palabras, ¿cómo podemos hacer que el comercio obre en favor de los pobres?

A continuación, ¿cómo podemos asegurarnos de que todos los países en desarrollo, especialmente su población pobre, se benefician del crecimiento de la inversión privada y pueden solicitar créditos a tipos soportables? Sabemos que algunos de los obstáculos a las corrientes de capital privado, como la existencia de conflictos en los países vecinos, difícilmente pueden ser superados por los Estados, cuando ello no resulta imposible.

¿Es posible que el papel de la asistencia exterior al desarrollo sea subvencionar las primas de riesgo que los inversores pagan en tales casos? Y a continuación, ¿cómo podemos lograr que sea más fácil acceder a las nuevas tecnologías y asegurarnos de que se utilizan mejor? Desde Bangalore a Sao Paulo conocemos ejemplos extraordinarios de nuevas capacidades técnicas que producen cambios espectaculares. No sólo Microsoft invierte miles de millones de dólares en la India, sino que las empresas informáticas de la India compran otras empresas en los Estados Unidos. Y sin embargo la mitad de la población mundial nunca ha hecho o recibido una llamada telefónica, por no decir que nunca ha visto una computadora. ¿Qué condiciones establecen la diferencia? ¿Qué condiciones pueden ofrecer los Estados, en oposición a aquellas que plantean más bien la cuestión de que el Estado se mantenga aparte? ¿Y cómo podemos posibilitar que los países en desarrollo se beneficien de los adelantos de la tecnología y la medicina, cuyas patentes

los sitúan actualmente fuera de su alcance, sin reducir los incentivos para quienes en los países industrializados logran esos adelantos? ¿La asistencia exterior puede contribuir a ayudar a los pequeños empresarios de los países en desarrollo a encontrar caminos que les lleven a los mercados internacionales? ¿Podemos aprovechar la experiencia del Grameen Bank, gracias al cual las mujeres de zonas rurales de Bangladesh disponen hoy de teléfonos móviles y pueden consultar los precios mundiales de sus productos en lugar de estar a merced de intermediarios? Otra cuestión es cómo podemos establecer nuevas asociaciones, que traspasen los límites de la antigua cooperación intergubernamental para promover la causa del desarrollo en el sentido amplio que he indicado. Hace un año, en el Foro Económico Mundial de Davos, propuse que se estableciera un pacto mundial nuevo entre las empresas y las Naciones Unidas gracias al cual nosotros podríamos ayudar al sector privado a actuar de conformidad con principios aceptados internacionalmente en las esferas de los derechos humanos, las normas laborales y el medio ambiente. Desde entonces hemos conocido iniciativas tales como Netaid, asociación entre el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Cisco Systems y la comunidad del espectáculo cuyo objetivo es aumentar la conciencia de la extrema pobreza en el mundo y obtener dinero para luchar contra ella, y GAVI, Alianza Mundial para el Fomento de la Vacunación y la Inmunización. Estoy seguro de que podrá lograrse mucho más en el futuro y de que todavía cabe imaginar muchos tipos distintos de cooperación.

Y a continuación, ¿qué podemos hacer para asegurarnos de que la voz de los países en desarrollo no sólo es oída sino escuchada en los futuros debates de normas comerciales internacionales? La UNCTAD, el Banco Mundial, la OMC y los gobiernos donantes que actúan de forma bilateral están procurando ayudar a los países en desarrollo a prepararse mejor para las negociaciones internacionales y para aplicar los acuerdos que se hayan firmado. (Lo que puede costar más que todo el presupuesto anual de algunos de los países de menor tamaño y más pobres) También en este caso, quizá, puedan desempeñar un papel más importante la sociedad civil y las empresas.

Por último, ¿qué podemos hacer, colectivamente, para permitir que los países menos adelantados, los que el día de hoy sólo nominalmente están en desarrollo, ocupen el lugar que les corresponde en el ascensor del crecimiento mundial? Muchos de estos países han aprendido a su costa que la simple transferencia de recursos no resuelve sus problemas. Han atravesado

procesos penosos de ajuste político, pero en demasiados casos sólo han obtenido unos magros resultados, sea en términos de alivio de la deuda u otras formas de asistencia o de mayor acceso a los mercados para sus productos. ¿Es posible que sea el momento propicio para un Nuevo Pacto Mundial, en virtud del cual se garanticen estos beneficios a los países que respetan una cesta convenida de medidas políticas destinadas tanto a favorecer la inversión como a asegurar que sus beneficios son compartidos por la población en general? ¿No podríamos intentar a escala mundial lo que cualquier país industrializado en buena situación hace para ayudar a sus regiones más desaventajadas o subdesarrolladas?

Estas son las preguntas que quería plantear, señor Presidente. Puede haber otras igualmente importantes. Pero con independencia de los detalles de las deliberaciones, espero que tenga presente el objetivo principal de permitir que todos los pueblos del mundo participen en la nueva economía mundial y disfruten de sus beneficios. Para que ello suceda necesitamos unas normas comunes, definidas y aplicadas por Estados que colaboran en las instituciones multilaterales y, sobre todo, enraizadas en valores compartidos. En último extremo son los valores comunes los que mantienen unidas a todas las comunidades. Es una verdad que puede aplicarse a todas las comunidades locales a lo largo de la historia humana. Es una verdad que puede aplicarse a las comunidades nacionales hoy en día. Y tiene que ser también verdad para la comunidad mundial que hoy estamos empezando a construir.

-----